LA TRADUCCION EN ESPAÑA: ESTADO ACTUAL*

EMILIO LORENZO

Real Academia Española. Universidad Complutense de Madrid

1. INTRODUCCION

Para quienes hemos vivido e intervenido en la implantación definitiva —hubo antes un intento frustrado— de los estudios de Filología Moderna en las universidades españolas a partir de 1952, el auge actual del arte o menester de traducir lenguas modernas como profesión u objeto de estudio es un hecho sorprendente e inimaginable hace cuarenta años. Sí se traducía, claro, mal o bien, pero como actividad ancilar o de segunda línea. Y ello por varias causas. Como fuente de ingresos era trabajo mal retribuido; como entretenimiento o distracción de profesores que, cautivados por el original, querían compartir su goce con los privados de él por las barreras idiomáticas, era ocupación de frutos sabrosos, pero escasos; como disciplina académica existía a modo de complemento desprestigiado —excepto en las lenguas clásicas— de la enseñanza de idiomas. Este desprestigio le venía en gran parte de la convicción, entonces más vigente que nunca, compartida por europeos y americanos, de que en la didáctica de las lenguas modernas, llamadas también vivas por franceses y allegados, la rémora mayor, incrustrada desde antiguo en el cuerpo docente, era el denominado *grammar-and-translation method*, herencia de las viejas técnicas usadas para el griego y el latín. Si el profesor de una lengua moderna quería estar al día, era menester que evitara a toda costa cualquier conato de buscar equivalencia, en la lengua del alumno, a las frases que de manera automática pretendía grabar en la mente de éste. Se contaba con regocijo la anécdota del profesor español de alemán que, presentando a la reina María Cristi-

(*) Este texto es el de la conferencia inaugural de los *II Encuentros*, reproducido por autorización de la revista *SABER Leer*, de la Fundación Juan March, núm. 23, marzo 1989.

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Emilio LORENZO. La traducción en España: estado actual

Centro Virtual Cervantes

na, cuando ésta le habló en su lengua se disculpó de su incompetencia verbal diciendo: «Yo no hablo alemán, Majestad, sólo lo enseño». Al juzgar a este benemérito profesor pocos piensan que en los tiempos de la Reina Regente las ventajas de «hablar» alemán para un alumno de instituto eran sumamente cuestionables: no pasarían de unas docenas los españoles que habrían podido sacar provecho del dominio oral de la lengua de Goethe: eran, en cambio, cientos —la tradición venía de antiguo y se ha mantenido— los que, sin aspirar a hablarlo, habían sido y son capaces de leer y traducir, para su propio gozo y utilidad, páginas y páginas de la rica literatura germana y colecciones enteras de manuales y tratados que luego han formado el fondo de los libros más sólidos de algunas editoriales españolas.

Sin duda, el caso del alemán, que puede equipararse al de las lenguas clásicas, resulta extremo, pero ilustra bien el hecho de que para muchos españoles —todavía hoy— el conocimiento de los idiomas modernos acaba en la capacidad de entender los titulares de una revista o de ahondar, con el diccionario a mano, en la bibliografía reciente de su especialidad. Cuando se sienten preparados, se lanzan a aventuras mayores, libros o artículos —siempre hay editoriales o revistas con prisa e indulgencia— que vemos publicados en las librerías. La situación a que con tales premisas se ha llegado ya fue descrita con sombríos colores por críticos conscientes de su gravedad; también el Estado ha cobrado conciencia, hace unos lustros, de la necesidad de fomentar las buenas traducciones instituyendo el Premio Fray Luis de León, hoy sustituido por uno o varios premios nacionales y por otros galardones de iniciativa no estatal. Pero estas medidas, muy elogiables, no bastan. Por ello, atendiendo a las exigencias de una sociedad que necesita cada vez más los servicios de gentes especializadas, se han ido creando centros que dedican cada año más atención a esta actividad secular, unos calibrando y certificando las aptitudes de aprendices o de practicantes regulares, que a menudo se «traducen» en mejoras salariales; otros, con planes de estudio encaminados a garantizar una formación profesional más completa. Hay que mencionar aquí, por más antiguos, el Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores de la Universidad de Madrid (Complutense) y la Escuela Universitaria de Traductores e Intérpretes de la Universidad Autónoma de Barcelona; ésta edita un boletín, única publicación regular de este género aparecida en España, y una colección de monografías de temas más o menos afines.

A esta serie pertenece uno de los volúmenes que hoy comentamos, la *Antología,* compilada por Julio César Santoyo y editada por dicha escuela. Siguiendo una trayectoria que se inicia en los años 70, este joven catedrático de León, ejemplo dinámico de una nueva generación de universitarios inquietos y emprendedores, ya destacó en un ensayo bibliográfico reciente la contribución española a estos estudios. Pero el libro que vamos a comentar en primer lugar, *Teoría y crítica de la traducción: antología*, constituye, como indica el subtítulo, una selección de textos, de desigual extensión, escogidos en las letras españolas a partir del siglo XIV y con densa representación del XVIII y del XX. Falta,

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Emilio LORENZO. La traducción en España: estado actual

Centro Virtual Cervantes

y la omisión queda explicada, el famoso ensayo de Ortega: *Miseria y esplendor de la traducción*, citado profusamente, en cambio, por los seleccionados. La cita que abre el volumen, escrita hace exactamente un siglo por M. Antonio Caro, justifica el empeño. Escribía Caro: «...todo lo escrito en este ramo... anda disperso y olvidado...». Para remediar esta dispersión se pone ahora al alcance del lector hispánico la mayoría de los juicios y opiniones emitidos en España e Iberoamérica durante más de seiscientos años, empezando por dos textos en catalán de Jacme Conesa (1367) y Ferrer Sayal (1385) y concluyendo con unas páginas de García Landa (1984). El número de textos, exactamente 99 —debió de contarse con el de Ortega para redondear la cifra—, podía haberse aumentado o reducido sin desvirtuar el propósito inicial del antologista.

2. ACTIVIDAD TRADUCTORA

Es muy posible que existan, antes del texto de Conesa, testimonios en castellano —opiniones, recomendaciones, conclusiones— que glosen una actividad traductora atestiguada en Toledo desde 1135 hasta finales del siglo XIII. Más no es nuestra intención denunciar omisiones; sí, en cambio, resaltar la variedad de lo recopilado: textos medievales de López de Ayala, Enrique de Villena (dos), A. de Cartagena, Mena, Santillana, etc.; renacentistas de Fernández de Madrid, J. Luis Vives, Boscán, Garcilaso, Diego Gracián (dos), etc.; autores clásicos como Fray Luis, Pedro Simón Abril, Cervantes, Jáuregui, etc.; sensatos ensayistas del XVIII como Mayáns, P. Isla, Feijoo, Capmany, Iriarte, Forner, Cadalso, V. Ponce, etc.; y un extenso muestrario de los siglos XIX y XX, en especial del último.

Los textos de nuestra centuria —la mitad del libro—, aunque son, en principio, más asequibles, han de ser bien recibidos, pues, por lo general, gracias a la plausible costumbre hispánica, hoy un tanto abandonada, de citar fuentes —ya por probidad científica, ya por alarde erudito—, el lector se encontrará en condiciones de asomarse al inmenso panorama de estudios sobre la traducción, sin perderse ni quedar desconcertado ante el cúmulo de opiniones diversas, a veces contradictorias, que ofrece esta segunda mitad del libro, pese a constituir una drástica reducción y criba de la inabarcable bibliografía. Basta recordar, como referencia, que el inventario publicado en Tubinga en 1970 y 1972 (dos volúmenes) recogía unos 1.800 títulos y sólo abarcaba el período 1962-1971. Tras este sumario intento de valoración objetiva, cabe esbozar un leve reparo. Dada la competencia del autor, refrendada en un ilustrativo prólogo, nadie como él hubiese podido rematar mejor la empresa si cada texto seleccionado hubiera sido precedido por una sucinta nota de presentación del autor o de explicación de su importancia. Despojados de ella, todos adquieren un tono de sabiduría mostrenca y difuminada donde no es fácil separar las aportaciones originales de las meras resonancias de lo dicho por otros, no siempre reconocidas. De haberlo sabido, yo hubiera acudido a la cita de Fray

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Emilio LORENZO. La traducción en España: estado actual
Centro Virtual Cervantes

Luis, aquí incluida, al hablar en mi discurso académico de las supuestas carencias del español: «Yo me incliné a mi trabajo sólo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar...» (p. 67).

Podrían espigarse y destacarse otros pensamientos semejantes. Salvo raras excepciones, en el siglo XX el saber tradicional se ha ido destilando gradualmente, reduciendo a la vez el número de «verdades» heredadas; también se ha perdido originalidad. Admito que ello sea una impresión personal, eco tal vez de algún victoriano inglés: se gana en conocimientos, pero se pierde en sabiduría. Mas no debe creerse que en los siglos anteriores al nuestro se nos hayan revelado, de acuerdo con la antología, grandes intuiciones ni descubrimientos en el análisis de la transferencia de un texto de una lengua a otra. Esto, visto con severidad, como hace el compilador, puede llevar a afirmar que «la reiteración de los tópicos y lugares comunes es constante», lo cual parece indicar una cierta contradicción con el hecho, denunciado por Coseriu (y citado por el propio Santoyo) de que «la teoría de la traducción de Vives» es «muy probablemente la primera (...) que señala, postula y persigue una diferenciación fundada en la problemática de la traducción y, con ello, en la práctica del traducir...» (p. 19).

3. PONENCIAS Y CONGRESOS

El segundo libro que comentamos, prologado en enero de 1988 por el mismo profesor, es *Fidus Interpres*, volumen I de las Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción, congreso promovido y organizado por el activo catedrático de León y celebrado en 1987. Siendo él responsable y animador de los dos empeños, es lástima que por causas editoriales no se hayan coordinado ambos de alguna manera para beneficio de los lectores. Este volumen I contiene unas 50 comunicaciones, leídas durante el congreso; no sabemos cuántas incluirá el II, probablemente otras tantas. El hecho es que la *Antología* hubiera ganado, sin duda, de haber podido aprovechar alguna de las aportaciones del congreso de León. Basta reparar en que varios autores que figuran en la *Antología* son objeto, por su interés, de sendos artículos incorporados de las *Actas*. Tal es el caso de P. Simón Abril, Luis Vives, Diego Gracián, Capmany, Garcilaso, Boscán y Astrana Marín, etc., que habrían contribuido a dibujar el perfil de los incluidos en la antología barcelonesa.

Tal vez se deba a modestia del compilador de estos dos volúmenes la omisión —¡en ambos!— del ya citado ensayo bibliográfico (*Traducción, traducciones, traductores*. León, 1987, 153 pp.), que es el primer intento, que sepamos, de reunir los títulos de libros y artículos de autores de variada nacionalidad escritos en español, que es el elemento unificante. Hay que decir —y ello confirma nuestra conjetura de modestia— que en esa bibliografía omitida aparece el

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Emilio LORENZO. La traducción en España: estado actual
Centro Virtual Cervantes

nombre del autor con más de 30 títulos. Entre ellos está el de la obra más incisiva aparecida en España sobre el tema, también ausente en la comentada antología. Publicada en 1985 con el título de *El delito de traducir* (León, 225 pp.), merecería un cuidadoso comentario. Sin embargo, por su fecha, igual que las contribuciones, más meditadas y sólidas, de García Yebra, anteriores a ella, no cabe en los límites temporales fijados por esta revista.

Si cabe, por los mismos criterios de fecha de publicación, el volumen editado por la Fundación Alfonso X el Sabio (edición no venal) con el título de: *Problemas de la traducción*, que es el de una mesa redonda patrocinada por el Ministerio de Cultura y celebrada en noviembre de 1983. Se recogen en sus páginas las ponencias presentadas por quince especialistas españoles en torno a tres temas siempre vivos y polémicos: «Nombres propios», «Calcos y préstamos» y «Voz pasiva». Como apéndices figuran, además, un interesante estudio de F. Collar en que se analizan dieciocho versiones castellanas distintas del poema *Lorelei*, de Heine, y un trabajo de la profesora Tricás premiado por la Fundación en un concurso nacional. Como responsable de los aciertos y fallos de esta publicación, me abstengo de todo juicio.

El último libro que voy a tratar resulta revelador del interés, ya apuntado, que suscita esta actividad entre nuestros jóvenes. Una Universidad recién estrenada, la de Castilla-La Mancha, cuya Facultad de Letras tiene su sede en Ciudad Real, acaba de publicar las *Actas de las Jornadas de Traducción* (octubre de 1986) a cargo del profesor López Folgado (s. a.; el dep. legal es de 1988). Y es revelador el hecho porque, aparte de su bisoñez —está por salir la primera promoción de licenciados—, fue capaz de convocar un nutrido y variado grupo de investigadores —lenguas clásicas, semíticas y modernas— cuyas contribuciones, avaladas con su firma, enriquecen la ya abundante bibliografía reciente sobre la traducción. También es notable esta publicación como exponente de las preocupaciones, que no siempre hallan cauce impreso para manifestarse, perceptibles desde hace pocos años en escuelas y facultades relacionadas con la enseñanza de idiomas, así como en asociaciones profesionales de traductores e intérpretes como APETI, probablemente la más antigua y prestigiosa. Sólo a título de ejemplo debemos mencionar aquí —las *Actas* siempre tardan en publicarse— dos congresos consecutivos celebrados en la primavera de 1987 y 1988 en la Universidad de Extremadura (Cáceres) promovidos por el profesor López Ortega, y el Congreso anual de AEDEAN, entidad que acoge a todos los profesores de inglés de España, que tuvo como tema monográfico la traducción entre el inglés y el mundo hispánico. Han sido estos congresos multitudinarios, con centenares de asistentes —alguno rebasaba el millar—, donde hay que poner límite a las comunicaciones para que quepan en unos programas densos ofrecidos mañana y tarde y en varias aulas a la vez durante varios días. Pero hay otros encuentros, de auditorio más reducido por razones de espacio, que han proliferado por todo el país, sin que yo me atreva a dar cuenta de todos. Ciñéndonos a los dos últimos años debo mencionar la serie de conferencias, a sala llena, que la Fundación Banco Exterior ofreció en

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Emilio LORENZO. La traducción en España: estado actual

Centro Virtual Cervantes

mayo de 1987 sobre la traducción de las lenguas románicas, cuyas actas están por publicar. En diciembre del mismo año concluyeron las Primeras Jornadas de Traducción Literaria en la Escuela Oficial de Idiomas, organizadas por la Sección Autónoma de Traductores y por la propia Escuela.

También en el mismo mes ofreció el Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores un ciclo fuera del programa con participación masiva de profesores y estudiantes. Tengo asimismo noticias de otros actos de propósito y alcance desigual en torno a la traducción, pero los citados creo que bastan como índice del clima favorable donde germinan y fructifican las preocupaciones y afanes de un sector ya numeroso de nuestro mundo cultural muy interesado en los problemas tratados en los libros reseñados y en otras publicaciones que no entran en este comentario. Aunque son cientos los que exponen algo en todos estos congresos y reuniones, sólo algunos lo hacen pensando en publicarlo, y entregado el texto cuando se lo piden, se desentienden de él sin revisarlo ni reclamar pruebas de imprenta o corregirlas. Por otro lado, la celebración de varias sesiones simultáneas perjudica la asistencia y, por tanto, la debida información sobre lo tratado en otras ponencias cuyo contenido se conoce al publicarse, cuando ya es tarde para rectificar o cotejar opiniones. El resultado, al parecer inevitable, si estos congresos o reuniones se suceden sin disponer los autores de datos sobre lo dicho por sus colegas —en las «Jornadas» manchegas, en que se evitó la simultaneidad, se repartieron resúmenes anticipados de las intervenciones—, es que en León se trataron temas ya abordados cinco meses antes en Ciudad Real sin tenerlos en cuenta —así las ponencias sobre Pedro Simón Abril y las Escuelas de Traductores de Toledo—. Hay que aplaudir, sin duda, los distintos esfuerzos, pero acaso conviniera espaciarlos y coordinarlos.

4. UN OFICIO EN ALZA

Llegados aquí, resulta obvio que la expresión «mundo bullente» empleada como título de este trabajo en *SABER Leer* no es exagerada. Huelga recordar que el español, según cifras de la UNESCO, ha sido en los últimos decenios una de las tres lenguas terminales más importantes en ese noble intercambio de bienes culturales que tiene por cauce la traducción. El arte, oficio, profesión o menester del traductor está en alza, y quienes lo practican se han visto por fin equiparados en los organismos internacionales a los demás funcionarios. Ello es uno de los motivos que impulsan el reciente proyecto de crear facultades de traducción. ¿Será esto suficiente para garantizar la calidad de las traducciones? Sin duda, la dignificación del trabajo significa ya, y el futuro lo habrá de demostrar, un buen reclamo para que las gentes bien dotadas y con probada vocación se entreguen a él con alegría, pues saben que traducir es fuente de constantes gozos intelectuales. Una adecuada remuneración, por supuesto, no es garantía de una buena traducción, pero libera al profesional de

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Emilio LORENZO. La traducción en España: estado actual
Centro Virtual Cervantes

la servidumbre del trabajo apresurado y forzado por urgencias económicas que a menudo es causa de la chapuza. Es evidente que el sosiego, la serenidad, la pausa para el titubeo ante la opción múltiple, no se compaginan con las premuras del trabajo a plazo fijo. Ignoro las condiciones contractuales —si las hubo— en que ejecutaron sus magistrales traducciones Dámaso Alonso, García Gómez o Pedro Salinas, por sólo citar viejas glorias españolas, pero sospecho que no obraron bajo la presión de fechas tope intangibles. Es ése un lujo sólo al alcance de unos cuantos traductores de prestigio capaces de imponer sus condiciones más favorables. Mi impresión, que no puedo sustentar con datos empíricos, es que las mejores traducciones siguen siendo todavía las de aquellos que, sin apuros económicos, alternan la traducción con otra actividad, sea la creación literaria, sea la enseñanza, y buscan editor cuando se sienten satisfechos de su obra. No es lugar éste para hablar de malas traducciones; ello requiere revistas especializadas y censuras obligadas a la fidelidad del resultado, extremo que escapa por lo regular al crítico de plantilla, quien rara vez acude al original para cotejar los dos textos.

LIBROS COMENTADOS

Julio César Santoyo (compilador): *Teoría y crítica de la traducción: Antología*, Barcelona: Bellaterra, 1987, 358 pp.

Idem (compilador): *Fidus interpres: Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción*, León: Universidad de León, 1987, 374 pp.

Autores varios: *Problemas de la Traducción*, Madrid: Fundación Alfonso X el Sabio, 1987,199 pp. (Edición no venal).

Autores varios: *Actas de las Jornadas de Traducción*, Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha, Facultad de Letras, 1988, 310 pp.

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Emilio LORENZO. La traducción en España: estado actual

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes